

Kimagure Orange Road: Bajo el sol de primavera. 2º de Bachillerato

Aula 12. Vuelve (Antes de abandonarme) ["Come Back (Before You Leave)"] (1ª Parte)

24 – 06 – 2010

Sábado 30 de Marzo (Kasuga & Amateratsu):

Los rayos anaranjados del sol se cuelan a través de la ventana de la cabaña. Cada vez brillan con más fuerza. Al principio, me cuesta abrir los ojos. Sin embargo, al cabo de un rato puedo abrirlos completamente. La primavera ya ha llegado aquí. Por desgracia y para no variar, la nieve y el frío todavía mandan en mi interior. La fecha señalada, el día en que empieza casi todo, está a sólo dos jornadas.

¡*Konnichiwa!*... Soy Kasuga Izumi y ahora mismo me encuentro ‘disfrutando’ de los últimos días de las vacaciones de invierno. Pasado mañana comienza el curso. Ya estamos en segundo de Bachillerato.

La verdad es que se agradece que lo que te despierte sea la luz del sol, no el sonido infernal del despertador. La visión de los cerezos, con sus copas casi rosadas, me relaja hasta unos extremos increíbles. El aire puro de la naturaleza me calma y logra que me concentre todavía más cuando entreno mis habilidades al aire libre. Encima, disfrutamos de un *onsen* con unas vistas magníficas. Casi parece un sueño... Si no fuera por el lugar y las circunstancias.

Ahora mismo me encuentro sentado en el porche de una cabaña ubicada en un lugar desconocido de Kyūshū. Un sitio alejado del mundanal ruido donde, por no haber, no hay ni cobertura para el celular. Por mí, ni falta que hace. La verdad es que, ahora mismo, no tengo las más mínimas ganas de volver a casa. La razón hay que buscarla en el Día Blanco: en esa jornada señalada, Nakamura-*sempai* se me adelantó y le regaló un ramo de rosas blancas a Amateratsu que, por descontado, lo aceptó de muy buen grado. De hecho, incluso levantó las envidias de algunas compañeras. A partir de ese momento, lo de siempre: el capitán del Club de *Karate* no se despegó de ella. No podía acercarme, y menos con el mismo detalle, que era como presentarse con las manos vacías. A buen seguro que se le declarará en cuanto acabe el curso, ya que el próximo año inicia los estudios universitarios. Entonces, tal vez tenga que despertar de este sueño.

Las heridas de los celos me dolían hasta tal punto que huir se convirtió en una necesidad urgente. El boletín de notas, con unas calificaciones altas, me allanó el camino para aceptar la invitación de Takashi-*ojīchan* y marcharme con él a Saitama para ayudarlo con un reportaje fotográfico. Por desgracia, la palabra ‘Kyūshū’ me escuece. Inevitablemente, recuerdo el día en que conocí a Amateratsu. Estaba tan hermosa. No sé qué habrá pasado con la pelota de béisbol que le regalé. Como se haya deshecho de ella, no respondo. Y pensar que, justamente, se había mudado desde aquí. A ratos creo que tendría que haberme pensado más en serio la propuesta de mi abuelo.

Mis padres se han marchado al pueblo para acompañar a *Kyōko-bāchan*. Con ellos se han ido mi hermana y mi hermano, quien también quería apuntarse a la escapada con el abuelo. Sin embargo, *okāsan* se cobró el castigo por las notas de este último trimestre: todo aprobado por los pelos. Ha ido con ella para estudiar y preparar segundo de Secundaria. Como no espabile, se va a pasar todo el verano en una academia de refuerzo. De los demás he preferido no saber nada. Supongo que Genda, como siempre, habrá ido a Kyōto a visitar a su familia y Nakahara ya dejó caer que aprovecharía para irse a esquiar a Sapporo. De Amateratsu, como ya he dicho, *no comment*.

* * *

¡Qué duro que se me hace despertarme todas las mañanas! Cuando no es el despertador, es Shinzo o Yuni quienes me sacan de la cama. ¿Alguien dijo vacaciones?: la colada, la plancha, la comida, el aseo de mis hermanos pequeños, la limpieza de la casa. Para lo único que me sirve es para atender lo que he tenido que dejar pendiente. *Oyaji-san* es un hombre demasiado ocupado para ayudarme. Sé que quería mucho a *okāsan*. Los dos la queríamos mucho. Sin embargo, a pesar de su actitud reacia, necesita volverse a casar. Más que por mi comodidad, porque le sentaría muy bien.

Con mucho esfuerzo, me levanto de la cama y me dirijo al baño. Al mirarme en el espejo, siempre me encuentro con esa cara tan poco popular y adormilada que tengo. En principio, no tendría que resultar un problema sino una ventaja: *otōsan* me ha prohibido de manera tácita que salga con algún chico. No sé si será porque no se aplica el cuento o por miedo a que me aleje de él. Sin embargo, lo tengo difícil para seguir su orden al pie de la letra: dos chicos muy majos están interesados en mí. Por un lado, Nakamura-*sempai*, el capitán del Club de *Karate*, que este año cursará tercero de Bachillerato. Es un tipo muy educado y atento, está como un queso y es el objeto de deseo de muchas chicas. Teniendo donde elegir, me sorprende que haya llamado su atención. Y por el otro, Kasuga Izumi. Muchos dicen que es un sujeto nada recomendable, borde, descarado, violento y agresivo. En resumen, un delincuente. Sin embargo, cuando tratas con él, quienes le acusan se deberían comer sus palabras: es leal, sincero, honesto y amable. Nadie diría que es un caballero. Si no fuera tan reservado, sería perfecto.

Y después están mis amigas: Akemi, la hermana de Kasuga, y Nakahara Ayumi. Con la primera, las risas y el buen humor están garantizados. Con la segunda, la cordura y el equilibrio adecuados cuando a alguna de las dos se nos ocurre una idea disparatada. La verdad es que me cuesta creer que le guste Kasuga aunque, bien mirado, son tal para cual: reservados y de pocas palabras. Ambas sueñan con dedicarse a la música. Y he de decir que talento no les falta: han formado un grupo con la gente del Club de Música llamado C-Side, y el éxito ya ha llamado a su puerta. De hecho, cuando actuaron en la Ceremonia de Graduación de los de 3º, el gimnasio volvió a llenarse hasta reventar. Akemi toca el piano maravillosamente bien. Y Ayumi se transforma sobre un escenario. Incluso ya tienen una legión de fans en el *gakuen*. Y pensar que la segunda tenía un pánico espantoso a las multitudes.

A continuación, despierto a mis hermanos y a mi padre, y comienzo a preparar el desayuno. Se me hace raro seguir en esta ciudad. Tal vez porque lo normal ha sido empezar el curso en otro instituto. La razón está en que, a veces, sin querer, he hecho alguna cosa ‘rara’: romper en mil pedazos un cristal sin ni tan siquiera tocarlo, hacer frenar un coche para evitar que atropellaran a un perrito sin estar delante de éste, hacer temblar el suelo como si se hubiese producido un seísmo en un ataque de ira mientras botaba de rabia, hacer volcar un camión para evitar que arrollara a un amigo casi olvidado de la infancia... Me ha costado mucho controlar mis impulsos. Sobretudo, cuando veía a mi padre hundido, desesperado, triste. Le decían que su hija estaba poseída, que sobre su cabeza pesaba una maldición, que lo mejor era abandonarla y volver a darla en adopción. Tal vez por eso me proteja tanto. A veces, más de la cuenta.

Mientras plancho el *sēji fukan* y los *gakuran* de mis hermanos, pienso en el hecho de que pasado mañana empieza el curso. A través de la ventana, observo los *sakura* con sus hojas rosadas, en ese hermoso espectáculo de ver como el viento deshilacha sus copas poco a poco. Esta vez, algo me dice que se me va a hacer difícil. Mi cabeza está hecha un lío. A Nakamura-*sempai*, uno de los tipos más atractivos del Kōryō, le gusto, lo cual satisface el ego de cualquier chica. Puede que a final de curso se me declare, ya que el año que viene empieza la universidad. Y decirle que no me resultará muy difícil. En el otro lado de la balanza está Kasuga, que me gusta pero que no sé hasta qué punto le gusto...

En estos días de vacaciones de invierno, la tierra se lo tragado literalmente. Sólo sé que se ha marchado a Kyūshū para ayudar a su abuelo. Y por boca de su hermana, no porque me lo haya comentado. Hablar con él ha sido misión imposible: cuando no tenía que atender las cosas de casa y a mis hermanos, tenía la larga sombra de *otōsan* detrás de mí, cuando no tenía que responder a la amabilidad del capitán del Club de *Karate*... Y cuando finalmente puedo llamarlo, su celular está apagado o fuera de cobertura. Todo eso sin contar que Ayumi está, desde hace mucho tiempo y casi en secreto, coladita por sus huesos. No quisiera tener que pelearme con ella por un chico. ¡*Kyah!* Estoy como Akemi con Yasuda-*sempai* y Genda. O peor.

* * *

Lunes 1 de Abril (Kasuga):

Las campanas taladradoras del despertador destrozan el sueño profundo que estaba disfrutando. Al levantarme y encontrar mi uniforme y el *gakuran* de Kenji colgados en sendas perchas, tomo conciencia de que las vacaciones de invierno han llegado a su fin. Hoy empiezo segundo de Bachillerato. Casi sin darme cuenta, ha pasado un año entero. Y han sucedido tantas cosas: mi detención, conocer a Genda y a Amateratsu, la excursión de la playa, el lío de Tanabata, el rescate de Saitō, la oferta del Master para trabajar en el *Shin ABCB*, un San Valentín tan especial... El recuerdo amargo del Día Blanco acude como un *tsunami* devastador que ahoga hasta la luz del Sol. Sólo pensar lo que voy a tener que aguantar durante la Ceremonia de Apertura, me echo a temblar.

Los gritos de mi hermana, quejándose porque tiene que levantarse, indican la proximidad de mi madre. La rutina que se desarrolla a continuación me hace dudar

sobre lo que he pensado en el filo de la cama: las caras de sueño de mi familia, que apuraron hasta el último momento y llegaron del pueblo de los abuelos cuando ya estaba durmiendo; las ñoñerías de mis padres cuando nos ven con el uniforme, las quejas... Sin embargo, esta vez dos detalles me llaman la atención. El primero guarda relación con mi hermana: aunque quiera disimularlo, muestra muy mala cara. ¿A santo de qué tiene tantas ansias por ir? El otro, con una tradición arraigada en los Kasuga: la ‘lectura de la cartilla’ de *ofukuro-san* cada inicio de curso. En esta ocasión sólo advierte a Kenji, que empieza segundo de Secundaria. A Akemi y a mi no nos dice absolutamente nada. Es más, sonríe dándonos un voto claro de confianza. Ya veremos si a la vuelta está de tan buen humor como ahora.

Cuando todos salen de la cocina, me retiene durante un instante:

–Izumi-*chan*, tengo que pedirte un favor.

–Dime, *okāsan*.

–A pesar de que hoy os acompañaré durante un rato a la Ceremonia de Apertura del Curso, me gustaría que te acercaras a la embajada de Canadá para realizar unos trámites.

–¿Y eso?

–Ya sabes que a finales de este mes me voy a Toronto. Tengo trabajo retrasado y necesito tenerlo todo listo antes de marcharme.

–¿Y *otōsan*?

–Por desgracia, tiene que compensar con horas de guardia en la redacción el quedarse aquí sin cubrir ningún reportaje. Podría dejarlo en manos de tu hermana, pero ya sabes como es.

–¿Y las clases?

–No tienes por qué preocuparte. Ya he hablado con Watanabe-*sensei* y no me ha puesto ningún tipo de impedimento para que te ausentes.

A continuación, me entrega la documentación que debo llevar a la delegación. Definitivamente... Algo ha cambiado en este año.

Cuando quiero darme cuenta, mi hermana ya se ha marchado hacia el Kōryō. Seguro que ha ido a buscar a Nakahara y a Amateratsu. Por mi parte, me dirijo a la casa de los tíos de Genda. A diferencia de mi, él está ansioso por empezar el nuevo curso y reencontrarse con las chicas. ¡Ah, qué ingenuo que es! Me cuenta que en Kyōto se ha aburrido bastante, a pesar de haber tenido todo el tiempo del mundo para entrenar. Mientras caminamos por la calle, asistimos al espectáculo de las bromas. Casi olvidábamos que hoy es el *April's fool*.

En el momento justo en que llegamos a la puerta de la sala de actos, acontece algo inaudito: una marabunta de gente se congrega alrededor de alguien. Al acercarnos para comprobar quien es, todo cobra sentido: son los miembros de los C-Side. El éxito del concierto de la Ceremonia de Graduación de los de 3º queda bestialmente patente. Los uniformes no son sólo los del Kōryō: también ha venido gente de otros institutos de la ciudad para pedirles autógrafos o sacarse fotos junto a ellos. Mi hermana encaja la situación con humor y simpatía. Sin embargo, Nakahara, totalmente desacostumbrada a las multitudes, lo pasa realmente mal. Es increíble: se han hecho famosos sin ni tan siquiera editar un disco. El *show* concluye cuando los

‘gorilas’ acuden al rescate: los capitanes de los Clubes de *Judo* y *Karate* hacen acto de presencia y apartan a manotazos a la gente. También se suma a la ‘fiesta’ el presidente del Consejo de Estudiantes, Daymiō Tetsuya. Con él sí que no se atreve nadie. Al final, logran abrir un pasillo para que mi hermana y mis amigas puedan pasar a dentro.

Al tomar asiento, comprobamos que los fans no van a ser los únicos que se quedaran sin poder acercarse. Con la excusa, la jugada les ha salido redonda: los dos máximos interesados, Yasuda-*sempai* y Nakamura-*sempai*, se sientan junto a Akemi y Amateratsu respectivamente. Nakahara se queda justo en el medio. Esa escena me duele horrores y nubla mi cabeza hasta la negrura. La cara de Genda no ofrece mejor expresión. También está furioso ante lo que contempla. Sin embargo, algo divertido está a punto de suceder.

Cuando mi madre se acerca a saludar a mi hermana y a sus amigas, el capullo de Yasuda se planta ante ellas. Es tan idiota que no aprecia el inmenso parecido entre ambas y le impide el paso. Kenji le recomienda que se lo permita. El muy idiota se sigue negando y, encima, se mete con él. Muy mala idea. Al final, la respuesta de *ofukuro-san* le dice a las claras que con ella no valen las bromas, aunque sea el día más permisivo para ello: le clava un codazo en el estómago que, literalmente, lo dobla. Mientras Akemi se aguanta la risa, mi hermano pequeño se parte a carcajadas. Cuando el capitán del Club de *Judo* descubre que es nuestra progenitora, le pide perdón literalmente de rodillas. La humillación sufrida me compensa, ni que sea un poco, el disgusto de la escena. A continuación, ambos se dirigen hacia donde estamos y, con una sonrisa, nos saludan. *Okāsan* me recuerda el encargo de ir a la embajada y me comenta que va a buscar un sitio más cómodo para cuando tenga que marcharse. También tiene que asistir a la Ceremonia de Apertura de la escuela de música donde trabaja.

A la salida, un detalle en principio normal me llama la atención: Bando, Dasai, Gushiken y Fuse abandonan las instalaciones del Kōryō. Si no fuera por quienes les acompañan a una distancia prudencial: un grupo de chicos y chicas con aspecto de universitarios. En la frente sólo les falta el cartel de ‘policía’. Una sonrisa maliciosa asoma en mi boca. Genda no entiende de qué va todo aquello. Pero un servidor sí. No me ha hecho falta mover ni un sólo dedo. Me temo que se van a ir a hacerle compañía a la asquerosa de Fujiwara, la ex-delegada de clase. Estoy que casi no puedo contener el gozo y la diversión ante lo que estoy viendo. Al final, se han puesto la soga al cuello ellas solitas. Mi amigo insiste en cuestionarme qué pasa. Lo único que respondo es algo contundente: “Agárrate bien fuerte, Genda-*san*. Entre mañana y pasado va a haber novedades muy potentes en el *gakuen*. Y te prometo que la sacudida va a ser inolvidable”.

Justo en ese momento, el celular interrumpe el momento de incertidumbre que he creado en la mente de mi amigo. A diferencia del año pasado, esta vez no es Saitō quien me llama para atender un encargo de los Knights. Quien está al otro lado de la línea es Master, el amigo de mis padres y dueño del *Shin* ABCB. Me comenta si puedo acercarme esta misma tarde al local para que pueda ver *in situ* como funciona. Le pido un momento para realizar mis cálculos. No debería utilizar los poderes, pero

se me acumulan las peticiones. Le doy una respuesta afirmativa y nos citamos. A continuación, me despido de Genda. Le comento que tengo que ir al centro a arreglar unos papeles. Añado que puede que mañana no nos veamos.

¡Aaarrgh! La burocracia es insufrible. Ahora puedo comprender a mis padres cada vez que tienen que preparar las vacaciones de Navidad para ver a mis abuelos, tíos y primos. La verdad es que es agobiante. Y tengo que volver en los próximos días. Lo dicho: es asqueroso. En el momento preciso en el que salgo de la delegación diplomática, suena mi móvil. Al otro lado de la línea está mi madre. Su voz es muy seria y pausada. Algo ha pasado. En efecto: mi hermana ha perdido el conocimiento en medio de una clase y la han tenido que llevar al *hokenshitsu*. Por fortuna, no la han ingresado en el hospital. El doctor sólo ha apreciado síntomas de agotamiento, sobreesfuerzo y los rastros de un resfriado incubado, seguramente, en el pueblo. Me queda claro que no soy el único a quien este detalle le merma los poderes. Añade que le han prescrito reposo absoluto durante unos días. La impresión de esta mañana se ha convertido en realidad. Ha abusado demasiado de su cuerpo con todo el tema de los ensayos con los C-Side, la composición de los nuevos temas y los preparativos para el concierto de la Ceremonia de Graduación de los de 3°.

Llego a casa fundido. He tenido que llamar a Master y disculparme por el plante. Nos hemos citado para mañana por la tarde a la misma hora. Suerte que es quien es. Otro jefe hubiera sido mucho menos comprensivo que él. Tras la cena, mi padre y mi hermano pequeño se marchan a la sala de estar. Con la excusa de los papeles, mi madre me retiene en la cocina. Cuando cierra la puerta, empiezo a entender que la conversación va a dar un giro. Y no muy agradable:

–¿Qué ha pasado esta mañana, Izumi-chan? ¿No tienes nada que contarme?

–¿Con respecto a qué?

–¿Cómo que a qué?! A la Ceremonia de Apertura.

–¿Se puede saber qué he hecho esta vez mal?! ¡No quieres que me distraiga, no quieres que me duerma, no quieres que me coloque en posiciones raras mientras se pronuncian los discursos...!

Sólo me faltaba la bronca de todos los años al respecto de mi actitud durante la Ceremonia de Apertura. Sin embargo, lo que viene a continuación me descoloca... Si no fuera porque casi olvidaba que toda madre conoce como nadie a sus hijos:

–¡Shiiiiish! ¡Baja la voz! No me refería a lo que has hecho o dejado de hacer. Sino a lo que reflejaba tu cara: pasotismo, ausencia, tristeza. Sobre todo tristeza. Es por esa chica, la hija de Daigo-san, ¿verdad?

Lo ha clavado. Me ha estado observando desde la distancia y se ha dado perfecta cuenta. Por desgracia, no es tan sencillo. Hay demasiadas cosas. Personas que, de una u otra manera, se verían afectadas. Un equilibrio de intereses que me tiene atado de pies y manos y que, en caso de romperse, me devolvería de inmediato al ojo del tifón. Lo que añade mientras me revuelve los cabellos llega como un rayo de luz que me baña con su calor:

–No te rindas y ten paciencia. Aunque ciertas veces el cansancio nos supera y nos cuesta mantener la fe, hay que seguir luchando por aquello en lo que creemos.

Son las palabras de alguien que puede dar testimonio de ello. A pesar de que ella nunca quiera hablar del tema y Master pase de puntillas para no ponerla en un apuro, no me cabe duda de que lo sabe mejor que nadie. A continuación, me invita a marcharme a dormir. El día de mañana será largo. Antes de que pueda abrir la boca, se dirige hacia la sala de estar para conminar a mi hermano pequeño a que siga el mismo camino.

* * *

Miércoles 3 de Abril (Amateratsu):

La rutina de todos los días se repite: el despertador, levantarme, asearme, vestirme, preparar el desayuno a mi padre y a mis hermanos... Sin embargo, estas dos últimas mañanas se me están haciendo especialmente cuesta arriba. La frustración, el desconcierto, la decepción y la tristeza me han pasado por encima como si fueran un rodillo. Mientras doy vueltas con la cucharilla al té con limón caliente que espero que se enfríe, reflexiono sobre la actitud esquiva de Kasuga-san. Es como si, de repente, fuera una apestada para él. Y desconozco la razón. Además, no hay manera de poder hablarlo a solas. Eso sin contar la insinuación que Akemi nos soltó a Ayumi y a mí dos días atrás: podría ser que se marchara a América en breve. Tal vez bromeé, tratándose del día que era. Sin embargo, antes de querer darme cuenta y encontrar el momento para conversar sobre ello, desaparece como un fantasma. Podría hacerlo por teléfono, pero la experiencia me ha enseñado que, según que cosas, es mejor comentarlas cara a cara. La voz de mi padre, sería, emerge desde detrás el periódico y detiene en seco la disertación:

–Sakura-chan, ¿qué te pasa? Que yo recuerde, el Obón se celebra en agosto.

–¡Seguro que tiene mal de amores! – ¡Ya tuvo que hacer mi hermano Juni el comentario inoportuno! –. Es imposible que los chicos no se fijen en *onēchan*, sobretodo ése de tu clase.

–¡Junichiro-chan, ya está bien!

Mi padre baja el diario y deja su expresión al descubierto. Su cara está a punto de pasar de la seriedad al enfado:

–Sakura-chan, ¿en qué habíamos quedado con respecto al tema chicos?

–No, *otōsan*, no es eso lo que me preocupa – Busco algo que distraiga su atención y, con un poco suerte y rapidez, lo encuentro –. Es que anteayer Akemi-chan nos dio a todas un susto tremendo.

–¿Quién, la hija de los Kasuga?

–Sí. Se desplomó en medio de una clase de manera inesperada. Se la tuvieron que llevar corriendo al *hokenshitsu*. Y todavía no entiendo cómo le ha podido pasar a ella, que es incasable.

La jugada me ha salido perfecta. Mi padre se interesa por su estado y logro que olvide la metedura de pata de mi hermano pequeño. Un rato más tarde, nos separamos. Junichiro y Shinzo se marchan con él a un colegio que está próximo a su estudio. Por mi parte, me encamino un día más hacia el Kōryō. Siempre me reúno con Akemi y Ayumi en el cruce de la cafetería. Sin embargo, está mañana solo viene la segunda. A la primera le han recetado reposo absoluto durante unos cuantos días.

Al entrar en el *campus* académico, reconocemos las figuras de Genda y Kasuga. Sin embargo, ambos mantienen una actitud de cuerpo presente. El rictus del primero está apagado, desconectado, triste. El del segundo es furioso, intimidador, agresivo. Da verdadero miedo. Las dos los saludamos. Su respuesta casi no se oye. En el caso del uno por su ánimo, en el del otro porque tiene ganas de cualquier cosa menos de hablar. Entre eso y que preferiría charlar con él a solas, la ocasión queda desperdiciada. De momento.

Justo al sonar la campana, Genda pasa adentro sólo conmigo mientras Ayumi se dirige a su clase. Kasuga se encuentra con Watanabe-*sensei* en el corredor y se queda conversando. Pasan las asignaturas y no aparece. Un detalle me llama poderosamente la atención: hay unos cuantos pupitres vacíos. Entre estos, los de Bando, Dasai, Gushiken y Fuse, las amigas más próximas a Fujiwara, la ex-delegada de clase. En principio, pienso que hay una epidemia de gripe. Sin embargo, en la pausa entre clases, un runrún empieza a correr dentro del aula y se extiende hasta los pasillos. Todo ello me resulta inquietante. A la hora del patio me junto con Genda y Ayumi. Le pregunto al primero dónde se ha metido el hermano de Akemi, pero no acierta a responder con exactitud. Únicamente me comenta que la directora tenía que hablar con él sobre unos asuntos pendientes. Nada más. El resto del recreo se convierte casi en un velatorio. Ninguno de nosotros abre la boca. En mi caso, porque no entiendo en absoluto su actitud. La verdad es que me siento frustrada por no poder hablar con él y aclararlo todo de una puñetera vez.

En ese instante aparece Nakamura-*sempai*. Me saluda y me pregunta por Kasuga. También se ha ausentado de algunos entrenamientos del Club de *Karate* y ello le preocupa. Al no tener respuesta, me indica que se dirige a hablar con la directora para ver si puede ofrecerle alguna información ‘extra’. Cuando se despide, los hechos de la Ceremonia de Apertura emergen desde las profundidades. Y aquello que no alcanzaba a entender comienza a tomar forma. ¿Cómo he podido ser tan idiota? O mucho me equivoco, o lo que aconteció ese día le sentó mal... Y no sólo a él. Ahora empiezo a explicarme porqué Genda está tan apagado. Entonces, ¿por qué se ha ofendido si no fue capaz de cumplir el Día Blanco? ¡No hay quien entienda a los hombres!

El resto de la mañana transcurre con normalidad. Hasta que, justo antes de la pausa para la comida, Watanabe-*sensei* hace acto de presencia. Pide que se cierre la puerta del aula y que nadie se marche. Con la serenidad que la caracteriza, entra de lleno en el asunto: el rumor que varios alumnos de 2º A están ausentes es cierto. Añade que no ha querido informar sobre la razón de fondo para que nadie creyera que todo era una broma y poner en duda la credibilidad de los hechos. Es cierto: anteayer ha sido el *April's fool*. Cuando comenta que los alumnos ausentes de esta aula han sido detenidos y están expulsados de manera cautelar, el efecto de la sacudida resulta brutal. El rumor de los murmullos crece como una gran ola del puerto a punto de tragárselo todo.

A pesar de las circunstancias, la directora no pierde la compostura y pide silencio con contundencia. Un detalle me alarma sobremanera: mientras prosigue la explicación, clava la mirada en el pupitre vacío de Kasuga. Un temblor frío menea mi

cuerpo con violencia. ¿Era ese el ‘asunto pendiente’ que comentaba Genda? ¿Y si esa conversación, en apariencia amable, era para pedirle que declarara ante la policía por todo lo que sucedió con los Black Shadows? ¿Y si está detenido? Mis temores aumentan de manera bestial cuando revela el motivo del arresto de los implicados: están acusados de complicidad en la destrucción de bienes públicos. En caso de que ésta quede verificada, la expulsión pasará a ser firme. Watanabe-*sensei* concluye su alocución en un tono todavía severo: espera que estos hechos sirvan de ejemplo a aquellos que estén tentados de quebrar la paz y la convivencia dentro del Kōryō.

Nada más reunirnos para comer, comento con mis amigos lo acontecido. Cuando me centro en las consecuencias y en la posibilidad de que Kasuga permanezca detenido, Genda acaba por asustarme aún más:

–Si lo que insinúas es cierto, ya puedes ir contando con que se irá a América a estudiar.

–¿Y tú qué sabes?!

–Me he acordado que el día de la Ceremonia de Apertura su madre le comentó algo de ir a la embajada. Además, siempre me ha explicado que ella le había amenazado con mandarlo a estudiar fuera si alguna vez lo detenían o expulsaban. Pero, si eso fuera cierto, ya lo habría hecho por lo que pasó con...

–¡*Onegai shimasu*, Genda-san! ¡*Onegai*! No digas nada más.

–¿Por qué? ¿Es que acaso te gusta? Ah!, vale.

¡*Baka*! Pensaba que mi hermano pequeño era el único con serrín en la cabeza. Y más que nada por su edad. Pero él... *Baka*. No es sólo porque me guste, sino porque lo que nos pasó con los Black Shadows debía quedar entre los implicados y sólo entre los implicados. Ahora tengo un problema triple: apaciguar a Ayumi, evitar que conozca la verdad y ahuyentar el fantasma creciente de la marcha de Kasuga a América. Pero primero, lo primero:

–De todas formas, debemos descartar posibilidades. Podríamos preguntarle a Akemi-*chan* para confirmarlo, pero la doctora nos prohibió visitarla mientras estuviera convaleciente. Además, supongo que querrá cuidar su voz y no estará en disposición de hablar.

–¿Qué propones?

–¿A ti que te parece? Pues buscarlo.

–¿Y las clases?

–Lo siento, pero tendremos que saltárnoslas.

–¡¡¿Qué?! –. Mis amigos alzan la voz al unísono tanto que un poco más y medio *gakuen* se entera.

–¿Tenéis alguna idea mejor? – Silencio –. ¿No? Pues entonces nos dividiremos y empezaremos a buscarlo por las comisarías más cercanas. Después, iremos hacia el centro. La hora límite para encontrarlo es antes del anochecer. Nos reuniremos en el parque de Harajuku, junto a la estatua de Hachiko, cuando hayamos concluido la búsqueda. ¿De acuerdo?

–¡*Hai*!

–¡*Hai*!

Mientras avanzamos hacia la comisaría más próxima, aprecio como la expresión facial de Ayumi ha cambiado de manera radical. A la hora de la comida estaba profundamente preocupada y asustada, como si le hubieran arrancado el alma. Sin embargo, ahora puedo apreciar serenidad y confianza. Incluso, la mueca de una sonrisa. ¡Kasuga Izumi, eres tonto! Nos tienes a todos en vilo y eres incapaz de darte cuenta. Entiendo que la salud de Akemi esté por encima nosotros pero... ¡A qué esperas para darnos una explicación!

Tras haber probado con las comisarías más cercanas, tomamos el tren y decidimos empezar a buscar por las del centro de Tōkyō. Cuando llegamos al distrito de Shibuya, nos separamos y acordamos encontrarnos donde habíamos dicho. Como siempre, las calles están a reventar. Caminar es poco menos que una aventura si no estás acostumbrado. Avanzo a lo largo de Aoyama Dori, bajo el viaducto de la autopista. Entonces, acontece lo inesperado: mientras camino por la acera contraria, veo salir a Kasuga de un edificio blanco de varias plantas. Al levantar la cabeza y tropezar con un mástil y una bandera, todo cobra sentido: es la embajada de Canadá. Le llamo desde donde estoy, pero el ruido infernal del tráfico lo neutraliza con facilidad pasmosa. Ni tan siquiera sé si nuestras miradas se han encontrado o no. El simple hecho de saber que está bien alivia enormemente la ansiedad que me estaba ahogando. Sin embargo, veo como se da la media vuelta y vuelve a entrar dentro.

En un arranque de desesperación, corro hacia la embajada. No quiero sólo saludarlo. Quiero hablar con él. Quiero que me diga si se va a ir y nos va a dejar a todos tirados, después de los momentos que hemos vivido durante el curso pasado. Quiero poder escuchar su voz. Justo al entrar, le busco con ahínco. Al no encontrarlo, empiezo a preguntar a las personas que están allí. Hasta que una de ellas me comenta que han visto entrar en el lavabo de chicos a alguien que coincide con su descripción. Para no llamar la atención, espero cerca de la puerta. Pasan diez minutos, veinte, media hora, una hora... Y llega el momento en el que tengo que marcharme de allí para reunirme con los demás. ¿Este chico tiene poderes paranormales o qué? Una de dos: o es un especialista en fugas, cosa que no me extrañaría en él visto lo vivido, o quien me informó se confundió de persona.

Por el largo camino hacia el parque de Harajuku, pongo ante la báscula el alivio de saber que se encuentra bien con el mal presentimiento acrecentado de que se marcha... Acaso para no regresar. Me cuesta creer que las palabras de Akemi sean ciertas. Cuando llego junto a la estatua de Hachiko, mis amigos me interrogan casi como si fueran a asaltarme:

–¡¿Lo has visto?! ¡¿*Onegai shimasu*, dime que se encuentra bien!

–Calma Ayumi-chan, calma.

–Amateratsu-san, has visto a Kasuga-san.

–*Hai*, Genda-san. *Hai*. De hecho, tengo buenas y malas noticias. ¿Cuáles queréis conocer primero?

–Por esta vez, empieza por las buenas.

–Está bien y no se encuentra detenido. Eso sí que os lo puedo confirmar.

–¡*Banzai!* ¡*Banzai!*

–No cantes victoria, Ayumi-chan, no he acabado. Ahora viene la mala noticia.

–¿Cual es?

–Le he visto salir de la embajada de Canadá. He ido hacia donde estaba y he intentado conversar con él pero... No sé cómo, ha desaparecido ante mis narices. Desconozco vuestra opinión y no quiero adelantar acontecimientos. Pero creo que lo que os acabo de contar ya sabéis lo que significa. Supongo que si no ha querido decirnos nada al respecto es para que sufriéramos lo menos posible y no dramatizáramos. Dejémoslo por hoy. Mañana ya lo hablaremos con más calma.

Justo junto al parque, hay una estación de tren que nos lleva directamente de vuelta hacia Kanagawa. Ya al otro lado del río, mientras caminamos, logramos escuchar el eco del reactor de un avión que está despegando desde el aeropuerto de Haneda. Las lágrimas asoman en los ojos de Ayumi. A Genda le cuesta horrores contenerlas. En mi caso, trato de mantener la serenidad pero no puedo. No entiendo nada. No lo han detenido pero está preparando el visado para viajar a un país extranjero. Y no en un periodo vacacional, sino en pleno inicio de las clases. Kasuga Izumi, ¿qué pretendes? ¿Y por qué?

Ya en casa, después de la cena, tumbada en la cama de mi habitación, acaricio la pelota de béisbol firmada por Joe Di Maggio que me regaló el día en que llegue a esta ciudad. Al mirar hacia la mesa de estudio, acuden a mi mente las imágenes de aquella noche en la que me salvó de otra mudanza. Y, cuando mi mirada tropieza con el marco vacío que espera a que coloque una foto; los recuerdos de ese San Valentín a solas, tenso, duro pero con final feliz, logran que empiece a sollozar. Las lágrimas acaban por desbordarse ante la evidencia: Kasuga Izumi se va. Y no sé si lo hace para no volver.

Continuará

Free Talk

¡*Konnichiwa!* Un saludo de Vize Yoshi para todos aquellos que lean esta historia. Por un lado, *arigatō gozaimasu* por seguir este Fan Fic y los que componen la página web. Sin el trabajo de Christian Baldini y Gajego Siryu, todo esto no sería posible. Para este segundo curso de Bachillerato me he propuesto, al igual que los *mangakas*, ir desvelando pequeños detalles del proceso de creación de cada historia y otras curiosidades. Por ello he decidido que, a diferencia de los anteriores, esta vez los capítulos se vayan añadiendo periódicamente para darle más dinamismo y suspense. Y, de paso, poder escuchar comentarios (que supongo que no todos serán positivos, uno no puede ser perfecto).

Por otro lado, me gustaría disculparme por el retraso en el inicio de este segundo curso. Han concurrido circunstancias tanto personales como laborales. Es lo que tiene no poder dedicarte profesionalmente a tu vocación (cuando falta tiempo libre, el proceso se resiente). De hecho, este primer capítulo ya estaba esbozado desde hacía mucho tiempo, y ponerse manos a la obra no ha resultado difícil. Tanto, que cuando había querido darme cuenta, había escrito lo suficiente como para dividirlo en dos partes. ¡En el próximo episodio encontraréis el desenlace!

Vize Yoshi, 30 de Enero de 2011.